

EL MOVIMENT 15-M

Anàlisis i reflexions



A continuació presentam un recull d'articles, uns més crítics que els altres, sobre el que s'ha denominat moviment del 15 de maig. Esperam que aquests escrits afavoreixin les vostres reflexions sobre la temàtica i us ajudin a entendre una mica millor aquest moviment, fruit de la indignació ciutadana.

La indignació social gestada a internet salta al carrer

Catalina Gayà – El Periódico de Catalunya

El lema s'havia consensuat al **mur de Facebook**. Havia costat molt, perquè posar d'acord centenars d'usuaris anònims de **50 ciutats** diferents d'**Espanya** i 12 d'altres parts del món costa. Al final es va optar per *No som una mercaderia en mans de polítics i banquers* i també es va decidir que es convocaria una manifestació el 15 de maig. La xarxa hi va estar d'acord. Una pancarta amb aquest lema era la que encapçalava la manifestació que diumenge va fer sortir al carrer unes **12.000 persones a Barcelona**. A tot Espanya en van ser **més de 100.000**, segons l'organització.

Als carrers de Barcelona diumenge hi havia militants d'oenagés, estudiants, persones afectades per les hipoteques, indignats per les retallades i una llarga llista d'anònims. Molts dels que van sortir al carrer ja s'havien manifestat dissabte. I si dissabte personal sanitari i educatiu emparava la presència de joves de tota mena, diumenge la presència de joves de tota mena recolzava persones grans. Potser el **leitmotiv** de tots és que, tinguin l'edat que tinguin, són **ciutadans 2.0**: es comuniquen a través de les xarxes socials (ahir era el tema més difós a **Twitter**); molts tenen o han tingut un contracte precari tot i tenir diversos títols i parlar idiomes; s'informen a través de la xarxa, i desconfien dels sindicats (hi va haver una llarga xiulada al davant de la seu de **CCOO**) i els bancs, dels mitjans i de la gestió de la política actual, però no de la política.

Convocava **Democraciarealya**, un grup que va néixer fa quatre mesos amb el nom **Plataforma de Coordinació de Grups Promobilització Ciutadana**. ¿Qui hi ha al darrere d'aquesta plataforma? L'única manera d'explicar-ho és entenent que la xarxa funciona, com indica el seu nom, com una gran xarxa: algú llança una proposta i agrada o mor. ¿Qui la va llançar? S'ha perdut el rastre.

Insurrección del precariado y victoria del PP

Rafael Díaz Salazar – El País

Dos grandes explosiones políticas han tenido lugar en nuestro país entre el 15-M y el 22-M. ¿Estamos esquizofrénicos los españoles? Es hora de dar respuesta a esta pregunta y de reflexionar sobre los antagonismos existentes entre ciudadanos que han tenido comportamientos bien diferentes. Hemos de preguntarnos qué manifiestan el 15-M y el 22-M.

En el primero de los casos, estamos ante la insurrección del "precariado". Utilizo este término acuñado por Robert Castel para referirse al trabajador precario, al ciudadano que experimenta condiciones de vida cada vez más deterioradas. El proletariado de siglos pasados se reencarna de alguna forma en el precariado del siglo XXI. Está formado por parados, trabajadores con bajos salarios, jóvenes sin acceso a la vivienda, jubilados con bajas pensiones, inmigrantes explotados, graduados universitarios sin empleo o con trabajos mal pagados, parejas sin perspectiva de formar una familia, prejubilados, habitantes de barrios obreros desestructurados y de comarcas rurales deprimidas. Hasta ahora estos ciudadanos explotaban hacia dentro de sí, asumían su infortunio con rabia contenida o con la desesperación de la impotencia, aguantaban la situación con ayuda familiar dispuestos a sobrevivir en la selva del "sálvese quien pueda".

Este precariado se ha ido extendiendo en diversas clases sociales. Padres de clase media ven que a sus hijos, que han recibido mejor formación que ellos, les aguarda un futuro peor. La sociedad se ha ido dividiendo en dos grandes bloques: los satisfechos e integrados, a quienes la crisis lo único que les ha provocado ha sido una disminución de su consumo, y los precarizados y expulsados de la sociedad del bienestar y de los trabajos dignos.

El 15-M ha significado la explosión hacia fuera de los humillados y ofendidos por la nueva exclusión social. Se han dado cuenta de que los partidos y los sindicatos representan ante todo a los ciudadanos satisfechos e integrados y a ellos solo les aguarda la abstención, el voto nulo de la rabia o el voto desencantado cada vez más sin sentido. Ante el aburguesamiento general de los que tienen voz y poder (políticos, sindicalistas, periodistas, profesores), han decidido ser portavoces de su situación y de sus demandas. Y han atacado al centro de nuestro sistema: el poder político y el poder económico. Y demandan más democracia, más soberanía popular, más poder ciudadano. Déficit de democracia, obsolescencia de las organizaciones políticas y sindicales, repolitización y lucha de los ciudadanos que viven la precariedad: esto es lo que manifiesta el 15-M. Su radicalismo no nace de ideologías iz-quierdistas, sino, por afirmarlo con palabras de Mounier, del "realismo como extremismo".

La tibieza de las políticas sociales, económicas y sindicales de estos años se debe a que han estado realizadas por los representantes de los satisfechos de la izquierda y la derecha que estaban sordos y ciegos ante las condiciones de

vida del precariado o, al menos, no se sentían presionados por él. Al contrario, han creído que favoreciendo la acumulación de plusvalía de los poderosos y desregulando cada vez más las condiciones de trabajo, a todos nos iría mejor, aumentaría el PIB y se crearía más empleo.

Lo que acabo de afirmar tiene una estrecha relación con lo sucedido en las elecciones del 22-M. Sin duda alguna, ha habido un voto de castigo al Gobierno y, especialmente, a su presidente. Sin embargo, el voto masivo al PP tiene también que ver con la asunción por un sector importante de la ciudadanía de que vale más el original que una mala copia si de lo que se trata es de crear empleo a cualquier precio. Si no hay más salida que hacer política objetivamente de derechas, pues que la hagan ellas, que lo harán mejor.

El PSOE, desde 1982, no solo se ha derechizado él mismo, sino que ha derechizado a la sociedad. Especialmente en los últimos ocho años ha confundido totalmente su papel y ha creído que progresismo es igual a socialismo. Con ello habrá podido contentar a la burguesía progresista, pero el precariado esperaba otra cosa. Un partido socialista no es lo mismo que una mezcla de Partido Radical Italiano pasado por agua y el ala de izquierda del Partido Demócrata de Estados Unidos. Es verdad que han pagado justos por pecadores, pero también los primeros han sido consentidores de la desorientación socialista que viene de muchos años atrás. En la génesis y desarrollo del precariado están las políticas económicas y las reformas laborales llevadas a cabo por el PSOE y avaladas en parte por los principales sindicatos.

Por otro lado, IU también ha fracasado, antes y ahora, en la articulación y representación política del precariado. IU no es vista ni como organización capaz de gobernar, ni como movimiento articulador de los trabajadores precarios. Nunca como ahora tenía condiciones objetivas para haber captado el voto de los descontentos con el PSOE y, sin embargo, quien ha canalizado el malestar de una parte significativa de este precariado ha sido el PP. Basta con analizar la distribución del voto en ciudades, pueblos y barrios de toda España en donde la *cultura roja* fue fuerte y los trabajadores tenían alta conciencia de clase. La falta de arraigo entre el precariado de estas zonas, más allá del trabajo asistencial que desde las instituciones se pudiera hacer para mejorar algo sus condiciones de vida, ha provocado una metamorfosis social, cultural y política muy grande. Crece el número de trabajadores que vota a la derecha y en las próximas elecciones autonómicas en Andalucía lo veremos con mayor claridad.

Con una parte del precariado votando al PP y con otra parte del mismo movilizándose por la democracia real y criticando a los partidos de derecha y de izquierda, ¿qué futuro político nos aguarda? A corto plazo, no parece que haya condiciones para detener el triunfo del PP en las generales. Pero lo importante es el medio plazo. Hay que cambiar la forma de hacer política, desvelar la concentración de la riqueza en España y redistribuirla, elaborar nuevas políticas en fiscalidad, vivienda, trabajo decente, democracia en la empresa, educación.

Y para estos cambios necesitamos que el movimiento del 15-M se fortalezca, genere contrapoder ciudadano, cree un nuevo antagonismo social basado en el conflicto no violento y la propuesta de alternativas, penetre entre el precariado que ha votado al PP para reorientar su comportamiento cultural y político. El Movimiento del 15-M necesita tiempo para crecer y a los partidos y sindicatos les urge aprender de lo que significa y demanda.

Democracia real y formal

Ignacio Sánchez Cuenca – Público

Ya han surgido críticas por el empleo de la expresión “democracia real” en el manifiesto del nuevo movimiento de protesta formado por los colectivos más afectados por la crisis. Algunos se escandalizan de que pueda contraponerse la democracia real a la formal. ¿Acaso la democracia de la que disfrutamos no es real? ¿Qué quiere decir entonces “real”? ¿Es que la democracia es algo más que las reglas que la constituyen y que garantizan la igualdad política de todos los ciudadanos y la celebración periódica de elecciones?

En una democracia, todo el mundo tiene el mismo derecho a participar en la esfera política. Además, los derechos de reunión, asociación y libre expresión permiten que los ciudadanos puedan organizarse políticamente, puedan expresarse y protestar y puedan recibir información libremente. La principal decisión colectiva que toma el pueblo es la elección de sus representantes que, a su vez, se encargan de formar un gobierno.

Todo en este sistema institucional está encaminado a que los representantes actúen según las preferencias mayoritarias en la sociedad. Eso es el autogobierno: que las decisiones políticas se tomen en función de lo que la gente quiere y no de lo que quieren los sabios, los poderosos, los aristócratas o cualquier otra élite. Si el autogobierno no tuviese valor alguno, se podría elegir a los representantes mediante sorteo.

La democracia formal es aquella en la que funcionan las reglas institucionales que definen el sistema, pero que no produce autogobierno. Hay elecciones, hay partidos con posiciones ideológicas diversas y se garantizan los derechos políticos básicos, mas el Gobierno no es capaz de gobernar siguiendo el parecer de la mayoría social.

Creo que, en el fondo, la protesta que está produciéndose estos días se dirige al déficit de autogobierno que padece nuestra sociedad. Este déficit es causado por dos factores muy distintos.

Por un lado, la corrupción, que tiene un efecto corrosivo brutal, sobre todo en tiempos de crisis en los que tanta gente pasa penurias. La corrupción rompe el vínculo representativo, pues el político actúa en beneficio propio o en el de su partido y no en beneficio de la sociedad. Es cierto que la corrupción está hoy enquistada en el nivel autonómico y municipal y no en el Gobierno central, pero teniendo en cuenta los recursos y competencias de los gobiernos autonómicos, esta constatación sirve de poco consuelo.

En la medida en que los partidos hagan la vista gorda ante los casos de

corrupción que tienen en sus filas o no tomen medidas efectivas para evitar estos fenómenos, se produce un desafecto que se traduce en decepción con la “clase política”. Se supone que otros políticos, con otros niveles de exigencia, actuarían de forma distinta. Hay algo de ilusorio en esa pretensión, pues los políticos reaccionan sobre todo a los incentivos que tienen. Si la ciudadanía se vuelve más severa y se informa mejor y si se reducen las posibilidades de incurrir en prácticas corruptas mediante reformas institucionales adecuadas, esta misma clase política que hoy tenemos se volvería algo más “virtuosa”. Por otro lado, hay también déficit de autogobierno porque los gobiernos del área euro se han quedado sin margen de maniobra para responder a la crisis. La política monetaria está en manos del BCE, que es independiente, pero responde sobre todo a los intereses de Alemania. Los países no pueden devaluar. Y el déficit público y la deuda que se genera como consecuencia de la caída de ingresos producida por la crisis no son sostenibles dado el perverso diseño institucional de la Unión Monetaria. Todo esto se traduce en políticas de ajuste dañinas que se imponen como un dictado en los países afectados. Otros países fuera del área euro, como Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, tienen dificultades parecidas o incluso mayores en términos de déficit y deuda pero no están sometidos a los ajustes que requiere el sistema de gobierno de la Unión Monetaria.

En este sentido, da igual qué partido esté en el gobierno, socialdemócrata o conservador. No es un problema de “clase política”. El problema, más bien, es que no hay margen para hacer otra política que no consista en planes de ajuste destinados a frenar los ataques especulativos contra la deuda pública nacional, ataques que por lo demás son incentivados por el diseño institucional del euro. Es imposible imaginar ahora en España que un partido llegara al poder y pudiera hacer una política económica y social muy distinta, dadas las restricciones a las que se enfrentaría.

En estas condiciones, en las que España y otros países de su entorno parecen atrapados en situaciones imposibles como las que han experimentado muchos países emergentes en el pasado, no puede sorprender que surja la protesta por la pérdida de autogobierno democrático. Nos metimos en la aventura del euro. El experimento no ha funcionado como se esperaba, pero en lugar de reformar el sistema de gobierno del euro se obliga a los países de la Unión Monetaria a llevar a cabo planes de ajuste y reformas liberales que perjudican a grandes capas de la sociedad. Es lógico que en estas condiciones se reclame una “democracia real”, una democracia en la que el autogobierno vuelva a ser efectivo.

Los nietos del 68

José Félix Tezanos

En un mes de mayo, muchos jóvenes que, por edad, podrían ser los nietos de las generaciones que vivieron el espíritu del 68, empezaron a protagonizar un movimiento social que, en mi opinión, puede llegar a tener más alcance que el del 68. Casi medio siglo después del mayo francés, son muchas las cosas que han cambiando en nuestras sociedades. Y no siempre para bien. En el 68 se vivía aún en la ola de crecimiento y estabilidad social y política derivada del consenso keynesiano. Por eso, a muchos nos pareció que aquellos movimientos tenían algo de hepifenómeno. Sus protagonistas fueron jóvenes de las clases altas y medias que tenían aspiraciones de unos cambios culturales y políticos que se formulaban desde la perspectiva biográfica de una razonable seguridad económica y social, cuando no desde el privilegio de sus entornos de origen.

En este sentido, las previsiones de Marcuse –y de otros ilustres intelectuales de la época– estaban un poco cojas de sustento sociológico. Consecuentemente, las expectativas marcusianas de que los jóvenes –sobre todo los universitarios– se convirtieran en la vanguardia de nuevos movimientos revolucionarios, superadores de la lógica del “hombre unidimensional” y del “ciudadano integrado y sumiso”, al final se quedaron en agua de borrajas. Por eso, cuando se apagaron los fervores revolucionarios, las aguas volvieron a sus cauces, dejando algunos efectos de cierto alcance en determinados ambientes intelectuales y culturales y un poso subyacente de división en la izquierda y, especialmente, de desgaste, entre las formaciones y enfoques más clásicos. Después, como es sabido, lo que vino fue un ciclo de ascenso electoral conservador que culminó en la etapa de Thatcher y Reagan.

Actualmente la situación es muy distinta. Los jóvenes que hoy protestan no son “señoritos universitarios” que se quejan “por vicio”, o “de vicio” –como decían los sectores más reaccionarios en el 68–, ni se trata de protestas poco arraigadas en problemas sociales de fondo. Hoy ocurre todo lo contrario, debido a la propia vía que ha seguido la evolución social y económica, que nos está conduciendo a sociedades desiguales y divididas, en las que impera la lógica de ganadores y perdedores a gran escala.

Buena parte del espíritu del 68 se acabó diluyendo con los años, en un nuevo contexto socio-político global, en gran medida debido a que no arraigó en los ámbitos del trabajo y de la problemática de las desigualdades y el bienestar social. En cambio, actualmente el espíritu de la protesta arranca, precisamente, de una evolución sociológica que ha hecho de muchos jóvenes los perdedores y excluidos del sistema.

Más del 70% de los jóvenes españoles menores de 35 años, por ejemplo, se encuentran en estos momentos en una situación económica secundaria y postergada, bien por estar en paro, o bien por tener un empleo precario; a

veces sumamente precario (Vid. mi artículo “El paro juvenil”, en TEMAS para el Debate, nº 199).

La situación de exclusión social, laboral, económica (y muchas veces política) de tantos jóvenes, es evidente que tenía que conducir en algún momento a reacciones de protesta y a movimientos sociales como los que están teniendo lugar. No sólo en España, sino también previamente en países como Francia, Grecia, Italia, Reino Unido, Portugal, etc. Esto es algo que venimos repitiendo y enfatizando en TEMAS y en SistemaDigital.es desde hace tiempo.

Mi impresión es que estamos ante el principio de un movimiento bastante serio, que se encuentra entroncado con cuestiones que no son ni mucho menos hefenoménicas, sino que se relacionan con aspectos sociales enormemente importantes, como las oportunidades de tener empleos dignos, salarios o ingresos adecuados y horizontes vitales de futuro mínimamente razonables (acceso a la vivienda, perspectivas de bienestar, proyectos para el porvenir, más calidad de la democracia, decencia pública, etc.).

Las espectaculares cifras juveniles de paro, precarización y exclusión social expresan el fracaso social de un sistema en el que a la par que se crea riqueza, e incluso opulencia para unos pocos, no se está diseminando eficazmente el bienestar social y las oportunidades entre la mayoría de los jóvenes. Lo que está haciendo de estos jóvenes –muchos de ellos bien preparados– una especie de nuevo proletariado generacional, en cuya situación objetiva se encuentra el germen de un nuevo sujeto social –paciente y actuante– que parece que está empezando a tomar conciencia crítica de su situación y a operar y reaccionar en consecuencia. Lo cual está suscitando, además, simpatías y empatías más amplias. En primer lugar, la lógica simpatía de sus familiares más cercanos, que tampoco entienden cómo pueden darse situaciones laborales tan absurdas e injustas y que sufren directa o indirectamente sus problemas de exclusión, y muchas veces se enfrentan, como tales familias, a los riesgos de una movilidad social descendente. Al mismo tiempo, cuentan con la empatía de otros sectores sociales y políticos que piensan que mucho de lo que plantean estos jóvenes está en el corazón de las grandes reivindicaciones socialdemócratas clásicas.

Por lo tanto, si no hay cambios en las políticas económicas y sociales predominantes y si los grandes partidos socialdemócratas no aciertan a salir de su letargo, es altamente probable que los actuales movimientos juveniles persistan en el tiempo, e incluso acaben fraguando nuevas iniciativas políticas de alcance. Posiblemente, en esta dinámica habrá vaivenes, avances y retrocesos, períodos “Guadiana” y momentos de confusión. Pero, si las cosas no cambian, habrá novedades políticas significativas, cuyo principal factor de arranque y motivación estará –ahora sí– en los importantes procesos de exclusión social y laboral que están afectando de manera muy mayoritaria a las nuevas generaciones. Por ello, algunos venimos sosteniendo desde hace tiempo que los componentes generacionales tienden a convertirse en una de las variables sociológicas y políticas más importantes en las sociedades de nuestro tiempo. Sobre todo, en la medida que a las variables de edad se están

añadiendo importantes factores económicos, de desigualdad social y de alineamiento político.

En las primeras etapas de la revolución industrial, la cuestión obrera y los primeros conflictos de trabajo acabaron siendo el germen de nuevos movimientos sindicales y políticos. En el futuro, si no hay esfuerzos serios de integración, no es desechable que pueda ocurrir algo similar. Sobre todo, si los líderes políticos y mediáticos tipo modelo “cromañón” –dicho esto con el máximo respeto a la inteligencia natural de nuestros ancestros prehistóricos– logran imponer reacciones y respuestas de carácter represor, que en su caso no harían sino encender mayores conflictos y alimentar confrontaciones en cascada, que no se sabe cómo podrán evolucionar.

De ahí la preocupación que algunos sentimos cuando vemos que la reacción de ciertos líderes y analistas, ante problemas que tienen una sustancia de fondo muy seria, no es otra que poner cara de enfado, golpearse el pecho con ánimo airado, buscar explicaciones conspirativas, hacer rechiflas y desempolvar los tambores de guerra. Por ese camino, el riesgo que se corre es meterse en un lío fenomenal, que no hará sino agravar la situación, a medida que la economía se vaya deteriorando en medio de los conflictos y también a causa de ellos. Tenemos a nuestro alrededor, y en la memoria histórica, algunos ejemplos bien claros de todo lo que no habría que hacer en estos momentos.

No nos engañemos. En poco tiempo vamos a poder ver cosas que no eran tan impredecibles como algunos ahora sostienen. Al menos, algunos veníamos advirtiendo de ellas hace tiempo, por ejemplo, en el libro *Juventud y exclusión social*, publicado en la Editorial Sistema en 2009, o en el número monográfico de la *Revista Sistema* de mayo de 2007 sobre *Los jóvenes europeos*, o en varios de los libros publicados por el Instituto de la Juventud, en los que los investigadores del GETS hemos dado cuenta, hasta la fecha, de los principales resultados del estudio sobre la Juventud española que venimos realizando en los últimos años. Harían bien algunos, pues, en documentarse debidamente sobre lo que está ocurriendo y lo que puede ocurrir, antes de sacar conclusiones precipitadas.

De momento, parece evidente que los jóvenes españoles han encendido una llama de protesta y de esperanza, cuyos efectos han llegado a múltiples lugares en España y en el mundo. Además, han sabido apostar muy mayoritariamente por una estrategia pacífica y pacifista. Si logran sortear los riesgos de ser penetrados por núcleos de activistas violentos, como ocurrió en buena parte en el movimiento alterglobalización, su credibilidad y su eco se multiplicarán por dos, como siempre ha ocurrido en los movimientos no-violentos, cuyo talante humano tiende a elevar su estatura moral y política.

Pero nada va a ser fácil, ni resulta posible anticipar, hoy por hoy, si a corto plazo estaremos ante un simple tanteo, o un inicio pasajero. Para avanzar y para ser eficaces en el logro de algunos objetivos, los que han impulsado el espíritu del 15 de marzo tendrán que ser capaces de traducir su movimiento en

metas y propuestas específicas y alcanzables. Metas que tendrán que ser apoyadas e impulsadas a través de ciertos mecanismos de organización y articulación. Posiblemente se ensayarán nuevas formas de organización y nuevas estrategias de movilización y de difusión de sus propuestas. Y quizás también asistamos a nuevas maneras de ejercer y proyectar los liderazgos, sin olvidarnos de los elementos simbólicos que ya han empezado a aflorar: en las formas de debatir, de manifestar gestualmente las opiniones, de denominar a las funciones políticas y organizativas, por ejemplo, calificando como “Comisión de Respeto” al Servicio de orden... Y, posiblemente, surgirán canciones que les identifiquen y símbolos y eslóganes tan sugerentes o más que los del mayo francés, como ya está empezando a verse...

“Ya tenemos Sol, ahora queremos la Luna”, se decía en una de las pancartas, en una forma que recordaba la célebre pintada sesentaiochista que proclamaba: “Seamos realistas. Pidamos lo imposible”.

A muchos ciudadanos biempensantes, y cómoda y prósperamente instalados, algunos de las cosas que ahora piden estos jóvenes en sus Asambleas les podrán parecer demasiado utópicas e imposibles, antes incluso de que aquellos que participan en dicho movimiento hayan llegado a concretar sus objetivos más a ras de tierra. Por eso, frente a los pesimistas y conformistas sistémicos conviene traer a colación, una vez más, la célebre advertencia de Max Weber, cuando en su libro “El político y el científico” recordaba que la experiencia histórica demuestra “que en este mundo no se consigue nunca lo posible, si no se intenta lo imposible una y otra vez”. De ahí que la política –la verdadera Política con P mayúscula– no sea sino el arte de intentar hacer posible lo necesario.

Eso es lo que algunos jóvenes están haciendo ahora: recordar lo necesario y decir NO a una deriva corrosiva y disparatada de nuestras sociedades, reclamando más atención a cuestiones fundamentales de la convivencia y de las formas actuales de organización económica y social. Lo que ellos están suscitando, por lo tanto, es el debate sobre lo necesario. ¿Acaso no hay que escucharles? ¿Cómo? Ahí está el reto de la inteligencia política. Creo sinceramente que somos muchos los que esperamos que en la izquierda histórica surjan líderes coherentes e inteligentes que se muestren dispuestos a dar pasos al frente.

Mejor al revés: ¿cuál es la alternativa real al movimiento del 15 de mayo?

Antoni Domènech – Sinpermiso

Al cumplirse un año de la explícita y radical sumisión del gobierno socialista del señor Zapatero a los mercados financieros internacionales, y en plena campaña electoral para distintos comicios locales y autonómicos, el sonoro aldabonazo del movimiento del 15 de mayo ha eclipsado en un abrir y cerrar de ojos la aburrida y huera publicidad comercial que los partidos políticos españoles venían formulariamente presentando como genuina propaganda política.

Bastaron tres jornadas de masivas acampadas en Puerta del Sol, Plaça de Catalunya y otras plazas emblemáticas de las grandes y menos grandes ciudades españolas hermanadas en una formidable protesta, para barrer de un seco escobazo y sacar de la atención pública al energuménico hooliganismo futbolístico, a los vulgares lugares comunes de tertulianos de toda laya, al mediocre oportunismo rutinario de los columnistas de cámara, al cansino degoteo mediático de los habituales peritos académicos en legitimaciones varias o al involuntario humorismo de los histriones partidistas de turno, agitadores de las pasiones más feas: las insinceras. Y por supuesto, a los máximos dirigentes de los dos partidos mayoritarios, Zapatero (PSOE) y Rajoy (PP), que baten todas las marcas posibles de impopularidad: cerca del 75% de la población española declara desconfiar de ellos.

La inopinada irrupción del movimiento del 15 de mayo se ha convertido en el centro indiscutible de la vida política española, colocando a nuestro país en la portada de todos los grandes medios de comunicación internacionales y suscitando, según todas las encuestas formales e informales, un caudal irrepresable de simpatía entre las más amplias capas de la población.

Su radicalidad no ofrece duda: "Error del sistema. ¡Reiniciar!", "No somos antisistema; el sistema es antinosotros".

Su vocación política y democrática, tampoco: "¿Apolíticos? ¡Superpolíticos!", "¡Democracia real, ya!", "Basta de falacia; queremos democracia", "La democracia no está muerta", "Nosotros tenemos el poder, no los políticos", "Reforma de la antidemocrática ley electoral", "Tu voto vale mucho, no lo regales".

De su capacidad para identificar con precisión al adversario, queda cumplida y humorística constancia: "No son humoristas; son empresarios", "No hay pan para tanto chorizo", "Violencia son 600 euros al mes", "Que no nos engañen, que nos digan la verdad", "Tu Botín, mi crisis", "Juntos y organizados, podemos contra los mercados", "Queremos un pisito, como el principito".

Y sobre todo y ante todo, ese profundo, certero y demoledor: "¡No somos mercancía en manos de políticos y banqueros!".

Muchos analistas y comentaristas que buscaron denodadamente al comienzo ningunear con estudiada displicencia al movimiento, cuando no —como los recrecidos medios de comunicación de la extrema derecha neofranquista madrileña— difamarlo groseramente, se preguntan farisaicamente ahora por la "alternativa" que el 15-M ofrece a la desastrosa situación política, social y

económica de la que ha nacido. Huelga decir que la pregunta es retórica: sirve sólo para sugerir que no la tiene.

Sin embargo, dado que —como es ya unánimemente reconocido— sólo en las multitudinarias acampadas en las ciudades españolas hermanadas en la indignación insumisa se ha hablado y discutido de verdad de política; dado que sólo en ellas, mejores o peores, se han hecho verdaderas propuestas políticas, en vez de las huecas declamaciones, rutinariamente urdidas con técnicas de engañosa publicidad comercial, características de las vallas y de los mítines plebiscitarios para forofos y clientes de los partidos establecidos. Dado eso, el movimiento del 15 de mayo se ha ganado sobradamente el derecho a que la pregunta pertinente sea precisamente la inversa, y es a saber: ¿cuál es la alternativa al movimiento democrático del 15 de mayo?

Crisis económica y abdicación de la democracia: a qué responde el movimiento del 15-M

La crisis que hundió al capitalismo financiarizado mundial en 2008 se ha enquistado; lejos de debilitar a las elites económicas, sociales, políticas y espirituales propiciadoras del desastre, parece estar terminando en Europa por robustecerlas y aun situarlas en una posición de ofensiva.

Se ha consolidado una coalición de intereses espurios resueltos a poner jaque a la pervivencia de los restos del Estado Democrático y Social de Derecho en el espacio económicamente integrado más grande del mundo.

A veces irresponsable, si no taimadamente: como cuando se propone desmantelar ese Estado so pretexto de defenderlo o aun de garantizar su "futuro a largo plazo". Otras, abierta y expresamente: como cuando se declara que en un mundo "globalizado" y "ferozmente competitivo" ya no podemos permitirnos el "lujo de un Estado de Bienestar".

Los pretendidos visionarios que sostienen hoy eso desde todos los foros y altavoces que interesadamente les proporcionan en régimen de práctico monopolio los grandes medios de comunicación del sistema —privados y públicos— son exactamente los mismos que fueron incapaces de predecir y no digamos comprender y manejar la gran crisis que estalló ante su atónita mirada en el verano de 2008. Salvo en Islandia —y contra el criterio del grueso de su "clase política": verdes, liberales, conservadores y socialdemócratas—, no sólo nadie les ha exigido responsabilidades por sus yerros y por sus delitos, sino que siguen al mando. Y ahora pretenden aprovechar políticamente la ocasión que les brinda una catástrofe económica de la que ellos mismos son o cómplices o desencadenantes principales.

Sean cuales fueren sus limitaciones históricas y sus insuficiencias normativas, no puede dejar de verse la construcción del Estado Social y Democrático de Derecho en la Europa de la postguerra como uno de los logros capitales de las fuerzas democráticas que derrotaron política, social y militarmente a unos fascismos europeos que habían buscado la destrucción física del movimiento obrero organizado y la erradicación de los grandes valores republicanos, laicos y racionalistas de la Ilustración, paradigmáticamente encarnados en Europa por ese movimiento.

Se puede recordar que el socialista y resistente francés Pierre Mendès France identificó en 1957 dos formas de posible abdicación de la democracia republicana antifascista de postguerra:

"La abdicación de una democracia puede tomar dos formas: o bien recurre a una dictadura interna, sometiendo todos los poderes a un hombre providencial, o bien delega sus poderes a una autoridad externa que, en nombre de la técnica, ejercerá en realidad el poder político, porque en nombre de una economía sana se llega muy fácilmente a dictar una política monetaria, presupuestaria, social y, finalmente, una política en el sentido más amplio de la palabra, nacional e internacional". [1]

Cuando tantos y tantos participantes en el movimiento del 15 de mayo dicen con inequívoca claridad: "nosotros no hemos votado a los mercados financieros a los que se someten los políticos", están precisamente refiriéndose a esa segunda forma de abdicación de la democracia, anticipada hace más de 50 años por el gran resistente antifascista. Que los indignados son perfectamente conscientes de eso, lo prueba, por ejemplo, este estupendo guiño de los acampados en Puerta del Sol al antifascismo histórico español: "Madrid será la tumba del neoliberalismo. ¡No pasarán!"

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

Paralelamente a la construcción de una Unión Europea mal concebida políticamente, hemos asistido más o menos pasivamente en la Europa de las últimas tres décadas al progresivo desmoronamiento de la gran alianza política y cultural antifascista de postguerra y a la estupefaciente quiebra de unos consensos básicos que hasta anteayer parecían conquistas civilizatorias históricamente irreversibles. No por casualidad, ha tenido que ser un nonagenario resistente antifascista, Stéphane Heyssel, quien tocara a rebato en un librito que en pocas semanas se ha convertido en un superventas europeo: ¡Indignaos!

Hemos asistido a la cristalización de fuerzas económicas, políticas e intelectuales inconfundiblemente herederas de aquellas que sembraron el terror y buscaron por todos los medios acabar con la democracia republicana y con la soberanía de los pueblos en la Europa de la primera postguerra del siglo pasado: parasitarios rentistas inmobiliarios, despóticos "monarcas financieros" —como atinadamente los llamó en su día Roosevelt—, megaempresarios ventajistas, mediocres políticos melifluamente sometidos al gran dinero, politizadísimos magnates de los medios de comunicación y manipulación de masas, jueces banderizos, académicos irresponsables ofrecidos al mejor postor e intelectuales convenientemente repartidos entre la enésima pataleta reaccionaria contra la supuesta decadencia moral de nuestra sociedad y de nuestros jóvenes y el narcisista coqueteo con el abismo. Como en la Europa de los años treinta.

A eso se añade en nuestro país la gazmoña involución de la jerarquía eclesiástica, así como el acelerado regreso, en cierta prensa abiertamente reaccionaria, no menos que en determinados sectores del poder judicial, de la más soez y desvergonzada deriva españolista conscientemente separadora de pueblos, naciones y nacionalidades históricamente hermanados, entre muchas otras cosas, por siglos de común resistencia a la opresión de un mediocre centralismo monárquico, apenas mitigado en su despótica arbitrariedad política por una inveterada ineficiencia burocrática. La transición política hacia un régimen de libertades públicas que siguió a la extinción del franquismo no logró

cambiar eso en lo substancial: pues el único motivo inteligible por el que todavía hoy – más de 35 años después de muerto el dictador, 30 años después del 23F— no se permite a vascos, catalanes, gallegos, canarios o quienquiera ejercer el elemental derecho democrático de autodeterminación es que ese mismo derecho les ha sido radicalmente negado a sus hermanos del conjunto de los pueblos de España con la imposición incontestable y pretendidamente irreversible de una forma de Estado tan arcaica como la monárquica.

También como en los años 30 del siglo pasado, crece día a día hoy en Europa el descrédito de la política y de los representantes políticos profesionales. Como entonces, la ciudadanía se percata con mayor o menor claridad de la cada vez más evidente impotencia de la política politizante establecida ante fuerzas económicas y sociales ciegas, que no anónimas –ahora las llaman "mercados"—, a las que el grueso de los políticos se han ido paulatinamente allanando como si de furias mitológicas inexorables se tratara. (Su símbolo animado, mira por dónde, ha sido esta misma semana Dominique Strauss Kahn, el maníaco sexual al volante de un Porsche, con pensión vitalicia del FMI.) Y eso, cuando no se someten a esas fuerzas de grado, o aun con notorio beneficio particular gracias a las fluidas puertas giratorias que se han ido abriendo en las últimas décadas "globalizadoras" y "desreguladoras" entre la política profesional y el exclusivo pequeño mundo de los grandes negocios privados: Berlusconi, claro, pero no sólo; en su medida, también Aznar, Felipe González, Pedro Solbes, Joschka Fischer, Gerhard Schröder, Tony Blair, Sarkozy...

El programa alternativo al movimiento del 15 de mayo, condensado en 10 puntos

El creciente divorcio entre la política institucional y las angustiosas realidades sociales de nuestro tiempo es innegable; las encuestas de opinión son unánimes al respecto: la gente se percata. Lo que explica en buena medida la inmensa simpatía espontáneamente despertada entre la población española y europea por el movimiento del 15 de mayo, la #spanishrevolution.

Felipe González, que de eso debe de saber mucho, ha dejado dicho que el parecido entre Puerta del Sol y la Plaza Tahrir es que en esta última luchaban porque no podían votar, mientras que en la primera luchan porque "su voto no sirve para nada". Pues bien; esa tendencia, percibida como crisis extrema de la representatividad, anuncia, de proseguir, todo un programa político. Y a decir verdad, el programa que es la única alternativa real al desarrollo del movimiento del 15 de mayo.

¿Cuál es ese programa?

De la publicidad comercial vestida de propaganda política oficial, no hay forma de colegirlo. Así que es mejor atenerse a las obras de los autosatisfechos "representantes", siguiendo en eso el sabio consejo metodológico del "no lo saben, pero lo hacen" de Marx, aventajado discípulo en ésta y otras varias cosas de nuestro Calderón de la Barca:

"sueña el que a medrar empieza, / sueña el que afana y pretende, / sueña el que agravia y ofende, / y en el mundo, en conclusión, / todos sueñan lo que son, / aunque ninguno lo entiende."

De seguir todo igual, de no existir el movimiento del 15-M, y lo entiendan o no quienes "agravian y ofenden", sus hechos, sus obras, dibujan nítidamente un programa que se puede formular contrafácticamente en 10 puntos:

1) Mantenimiento de una ley electoral obscenamente antidemocrática.- Se mantendría la actual ley electoral antidemocrática, condenando definitivamente a la marginalidad, entre otras voces políticas disidentes, a la tercera fuerza política española (Izquierda Unida e ICV, que, conservando milagrosamente todavía un millón de votos, tiene ahora mismo sólo dos diputados, tres veces menos que el minúsculo PNV socialcristiano.) [2]. En el mejor de los casos, asistiríamos a la conversión definitiva de la política profesional en el perverso arte "antipopulista" de llevar a unos pueblos inermes adonde manifiestamente no quieren ir. En el peor, a la aparición de nuevas fuerzas políticas "populistas" de derecha –dentro o fuera de los partidos políticos existentes— que busquen quebrar la resistencia de los pueblos y llenar aquel hiato con mensajes demagógicos atizadores de las peores pasiones que puedan despertarse en unas poblaciones sin horizonte de futuro, más y más hundidas en la desesperación, el abandono, la impotencia, la segregación y el desconcierto. Y en ambos casos, ya incruenta, ya cruentamente, el camino a la definitiva liquidación en nuestro país –y en nuestro continente— del grueso de los modestos logros históricos de la democracia europea, hija del antifascismo, quedaría expedito.

2) Eclipse definitivo de los sindicatos y de la izquierda social y política tradicional.- Los sindicatos obreros proseguirían su autodestructiva táctica del mal menor, y crecientemente desacreditados, el destacado papel que el antifascismo de postguerra les reconoció en la vida pública democrática resultaría finalmente pulverizado y aventado. Los partidos de izquierda perjudicados por la antidemocrática ley electoral, condenados más y más a la marginalidad política, seguirían perdiendo votos (razonablemente percibidos como "inútiles" por sus votantes habituales), adentrándose más y más en un ambiente anóxico, autodestructivamente cocido en su propio jugo, prisioneros de consignas tan acartonadas como fratricidamente esgrimidas. El volumen de la abstención consciente del electorado de izquierda crecería vigorosamente, y a tal punto, que terminaría por dañar grave y acaso irreversiblemente al propio PSOE como partido con remotas posibilidades de gobierno.

3) Un infierno privatizador que convertiría a nuestra economía en un denso mosaico de puestos de peaje a mayor gloria y ganancia de una improductiva pandilla de rentistas parasitarios.- Triunfaría un vigoroso asalto a los bienes públicos y comunes de tamaña extremidad, que para buscar un precedente histórico habría tal vez que remontarse al violento movimiento cercador y privatizador de tierras que se registró en la Europa tardomedieval e incipientemente moderna. La demencial Ley Sinde, impuesta por la diplomacia norteamericana al gobierno de España –como han revelado las filtraciones de Wikileaks—y servilmente aprobada con los votos de PSOE, PP y CiU, quedaría en una simple anécdota. Nuestra economía se convertiría entonces, y por lo pronto, en un acúmulo de puestos de peaje, en donde habría que pagar precios innecesariamente caros, no ya para estudiar o para recibir asistencia médica, sino hasta para beber agua potable y respirar aire puro: todo a mayor gloria y ganancia de una pandilla de banqueros, compañías aseguradoras, especuladores inmobiliarios y financieros y todo tipo de empresarios rentistas improductivos "globalizados", usurpadores privados de monopolios públicos

naturales o morales. La "competitividad" internacional de la economía española quedaría gravemente comprometida por el incremento del coste general de la vida dimanante de la conversión de nuestro país en el infierno privatizador de ese denso mosaico de peajes rentistas parasitarios, por lo mismo que públicamente concedidos, prontos a generar todo tipo de corrupciones y clientelas políticas a escala nacional, regional y local. Y todo eso, en un duradero contexto de salarios reales o estancados o a la baja.

4) Una desigualdad económica sin parangón.- Nuestra vida social proseguiría su actual rumbo aprobado a una creciente desigualdad económica sin ejemplo desde los años 20, polarizándose ulteriormente hasta la práctica desaparición de las clases medias trabajadoras. (Ya hoy, el 63% de la población española que tiene trabajo –más de un 20% ni siquiera lo tiene— es mileurista, el paro juvenil pasa del 43% y la tasa de precariedad laboral rebasa holgadamente el 30%.) Y la presión a la baja sobre las condiciones laborales y sobre los salarios reales directos, presentes o diferidos (pensiones), e indirectos (prestaciones sociales públicas) seguiría creciendo irreversiblemente y sin freno divisible.

5) Atrapados ya en la pérdida de soberanía monetaria, vendría la pérdida completa de la soberanía fiscal.- Atrapados en la pérdida de soberanía monetaria que significa la pertenencia a la eurozona y sumisos a unas suicidas políticas de austeridad fiscal impuestas a Europa –incluso contra los intereses de la industria exportadora teutona— por la banca privada alemana, avanzaría incontenible la idea de que las únicas políticas económicas posibles son políticas procíclicas de deflación competitiva, agravadoras del marasmo económico, y de que la única política fiscal concebible es la que pasa por contraer el gasto público y social dejando intacta, o aun radicalizándola ulteriormente, la injusticia de una fiscalidad regresiva que libra de cargas a los archirricos y a los megarentistas inmobiliarios y financieros para echarlas a las espaldas de los trabajadores asalariados y de las fuerzas productivas de la economía.

6) Políticas públicas segregacionistas.- Proliferarían y se radicalizarían, señaladamente en la sanidad y en la educación, unas políticas públicas segregacionistas variamente "privatizadoras" y "externalizadoras" –extremista y audazmente experimentadas ya con cierto éxito en la corrupta y sectaria Valencia de Gürtel y de Camps y en el sectario y corrupto Madrid de Aguirre y del "Tamayazo"— tendentes a mercantilizar los servicios públicos. Tendentes, esto es, a convertir la satisfacción de las más básicas necesidades de las gentes en fuente de corruptos "negocios" rentistas privados políticamente concedidos y aun directa o indirectamente –verbigracia, con cesiones de terrenos públicos— subvencionados con dineros del contribuyente. Y por lo mismo, tendentes a segregar a la población entre quienes pueden permitirse, pagando o "copagando", un buen servicio y los aherrojados a una mediocre asistencia pública mínima, prácticamente benéfica.

7) La población trabajadora española, arrojada a la servidumbre por deuda.- La población trabajadora española, terriblemente endeudada en estos últimos años, entre otras cosas, para poder compensar el duradero estancamiento del salario real y –sometida como está a una de las leyes hipotecarias más injustas del mundo— subvenir a unos disparatados costes de la vivienda ("Pisos de mierda, precios de oro"), quedaría todavía más a merced de sus irresponsables

acreedores, un selecto grupo de gestores de dinero y banqueros privados nacionales y extranjeros.

8) Entrega de más de la mitad del ahorro nacional a la especulación financiera internacional.- Lo poco que queda de social y público en nuestro sistema bancario —las cajas— sería definitivamente puesto en almoneda, convertida más de la mitad del ahorro de la población trabajadora de nuestro país en pasto para la especulación financiera nacional e internacional.

9) La deuda soberana española, más expuesta aún a los ataques especulativos de los mercados financieros internacionales.- Lejos de "calmarse", los distintos mercados financieros internacionales que especulan con la deuda soberana española (primarios, secundarios, CDS), seguirían acosándola, atrapada como está en la trampa del euro y de un BCE que, incapaz hasta de emitir eurobonos, apoya las suicidas medidas procíclicas de austeridad fiscal neoliberal impulsadas por la Comisión Europea con los resultados que a la vista están: Irlanda y sobre todo Grecia, a pique de reestructurar su deuda, Portugal, hundido, España, de nuevo en el punto de mira de los CDS. Pero España no es Grecia: es la quinta economía europea, y representando cerca del 13% del PIB, puede perfecta y realistamente plantarse y resistir las políticas suicidas de austeridad fiscal impuestas por la Comisión Europea, forzando una reestructuración ordenada de su deuda, como ha hecho valientemente la pequeña Islandia: con razón los indignados acampados en la Plaza de España de Palma de Mallorca la han rebautizado como "Plaza de Islandia".

10) La mercantilización del patrimonio natural y ulterior devastación ecológica del país.- La destrucción de nuestras costas, de nuestros montes, de nuestros bosques de ribera, de nuestros más hermosos paisajes, la esquilmación de nuestros sistemas acuíferos, la inaceptable degradación del aire de nuestras ciudades y el descarado imperio de bien engrasados lobbies que, como el de la energía nuclear, resultan más peligrosos aún por su desapoderada codicia que por su patológica mendacidad, se mantendrían y aun afianzarían bajo el aplauso atronador de los consabidos gacetilleros negacionistas, alargando su negrísima sombra sobre el porvenir ecológico de nuestro país.

Tal es, sobre poco más o menos, el programa alternativo al movimiento del 15 de mayo. Así que:

- Los conscientes de la perentoria necesidad de romper las atomizadoras dinámicas de desaliento y pasividad que se han ido sorda y paulatinamente apoderando de un ánimo ciudadano consternado ante las repetidas manifestaciones de impotencia de la política profesional;

- Los conscientes de los terribles peligros que entrañaría el centrifugador vacío dejado por un posible descrédito definitivo de la política y de la representación política democrática;

- Los conscientes de la terriblemente difícil situación de acoso y práctica soledad en que se hallaba hasta ahora la resistencia más o menos firme del mundo del trabajo organizado, los convencidos de la absoluta centralidad de ese mundo en cualquier proyecto democrático de futuro concebible para nuestras sociedades:

Ésos, que somos millones, no tenemos hoy sino participar, apoyar y contribuir a desarrollar el movimiento del 15 de mayo. Ese movimiento responde a necesidades tan vivas y tan hondas de nuestra sociedad, que difícilmente pasará. Lo más probable es que esté aquí para quedarse. Como principio de rectificación democrática de la degeneración de nuestra vida política y económica, si no, incluso, como germen de un proceso aún más ambicioso, constituyente. Y es lo cierto que, por decirlo en las certeras palabras de los jóvenes que lo han echado a andar, la única alternativa real a eso es convertirse en mercancía de los banqueros y de los políticos adocenadamente dispuestos a servirles.

Y por cierto: hoy ha habido elecciones autonómicas y municipales. Con los primeros resultados provisionales ofrecidos por las autoridades competentes (a las 22h), y como auguraban todas las encuestas, el PSOE se ha desplomado. Tanto en los municipios —pierde muy probablemente Barcelona, Sevilla y Zaragoza, entre otras muchas capitales—, como en en las autonomías en dónde había convocadas elecciones: tres tradicionales feudos socialistas, Asturias, Castilla y la Mancha y Extremadura, además de Baleares, pasan muy probablemente a manos del PP. IU-ICV sube algo, pero de ninguna manera se muestra capaz de recoger el caudal de votos que han desertado del PSOE para ir a la abstención, no mucho más, en cualquier caso, que la neoespañolista UPyD en Madrid y Zaragoza, y muy por detrás de lo ganado por la nueva gran coalición democrática de la izquierda vasca, Bildu, que se estrena democráticamente con grandes victorias, sobre todo en Guipúzcoa. Lo más probable es que mañana el Comité Federal del PSOE organice un ritual sacrificial público de Zapatero, el frívolo zascandil suicida al que no han de tardar los suyos en convertir en chivo expiatorio de un desastre sin ejemplo histórico. Un desastre cargado de consecuencias para el futuro, político y organizativo, del Partido Socialista. Si ocurre como conjeturamos, lo más seguro es que haya elecciones anticipadas. Pero incluso en ese caso, quedarían unos cuantos meses para la elecciones generales, porque hay que salvar el escollo de la aprobación de los presupuestos de 2012.

Los acampados en Plaça de Catalunya convocan a una gran manifestación en Barcelona para el próximo 15 de junio. Los acampados en Puerta del Sol, a una gran manifestación en Madrid para el próximo 28 de mayo. Comienza la resistencia popular de base contra el tsunami catastrófico de la derecha y a favor de una reconfiguración total de la izquierda social y política en nuestro país.

Bienvenidos a la Internacional

Rafael Poch – La Vanguardia

Las emociones que rodean a la aparición de "Democracia real, ya", contrastan con el tamaño, aun pequeño, de la iniciativa, pero dicen mucho sobre la fuerte demanda psicológica que había en la sociedad. Hacía mucho tiempo que mucha gente asistía, pasiva e impotente, al atraco perfecto con el que se está saldando la quiebra neoliberal. Era consciente de que su propia pasividad inicial hacía posible ese desenlace, lo que, junto con la kafkiana narrativa que los medios de comunicación ofrecen de todo el asunto, incrementaba la ansiedad, la indignación y la frustración. Ahora se respira. Lo primero es tomar aire. Lo segundo es pensar en clave internacional.

La iniciativa que acaba de arrancar en España sólo será efectiva si se internacionaliza. Las elecciones del domingo son una anécdota, al lado de la profunda reforma que se sugiere en la plaza. Todos los problemas apuntados se generaron en un contexto internacional. El ladrillo español, la corrupción inmobiliaria y la degradación política de España, no son más que modalidades de una enfermedad mucho más general. Así que la internacionalización es imprescindible para enderezar los propios problemas españoles. Todo lo que la actual iniciativa apunta; la falta de contenido de la actual democracia, la desigualdad e injusticia, la corrupción y su impunidad, el latrocinio especulador del sistema financiero, etc., etc., superan ampliamente el ámbito de la soberanía nacional, y no se pueden resolver sin una intervención internacional. La llamada "crisis del euro" de la que formamos parte, resultado de los desequilibrios internos entre países de la unión monetaria que han estallado por la quiebra del casino, sólo puede atajarse en su marco europeo.

Por eso, la refundación de Europa, derribando buena parte de lo que se levantó a la medida de las empresas y del negocio, y sustituyéndolo por una nueva arquitectura ciudadana, es una tarea ineludible. La crisis ha demostrado que la actual Europa "de los mercados" conduce al siglo XIX, convierte en rutina toda una serie de criminales "guerras lejanas", siempre humanitarias, y apunta hacia un mundo inviable. Esa Europa, simplemente, no vale la pena, a menos que se reinvente a la medida de los ciudadanos, es decir con relaciones menos injustas y menos agresivas, hacia dentro y hacia fuera.

Para internacionalizarse, el movimiento civil español debería comprender la situación específica de nuestro desarrollo socioeconómico; las servidumbres franquistas de nuestra transición, del corrupto ladrillo, del sistema bancario y de nuestro sistema de partidos, tan caudillista y poco democrático como la época en que se forjó, el esfuerzo contra la siempre necesaria revisión y actualización de nuestra historia... Libritos como el de José Manuel Naredo *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano* (Editorial Icaria), que relacionan muchos de esos aspectos, vienen muy a propósito.

Lo tercero es construir un puente generacional entre los actuales jóvenes, y los "jóvenes de antes", que participaron en cosas parecidas hace treinta o cuarenta

años, los llamados "progres" del antifranquismo. Era una gente culturalmente muy franquista; sectaria, proclive a la violencia, muy ideologizada. Muchos de ellos han suspendido estrepitosamente en las instituciones, pero su impulso ético era claro y la experiencia de muchos otros puede inspirar. Los jóvenes de ahora son mucho más pragmáticos y menos sectarios que los de entonces, pero, seguramente, también tienen nuevos defectos. El diálogo y la interacción generacional no harán más que enriquecer. Para cambiar el país es deseable algo más que un "movimiento de jóvenes". Se necesita algo verdaderamente de toda la sociedad. Esa sociedad acostumbrada a ser espectadora, debe tomar la palabra y aprender a ejercer su legitimidad.

La legalidad -sino su espíritu, desde luego sí su aplicación práctica- suele ser un envoltorio que protege privilegios. Un recurso de los poderosos para mantener la situación en cintura. La impunidad que el robo y la estafa a gran escala tienen en esta crisis, han sido un buen ejemplo de ello. La situación creada por la crisis – la evidencia de la impunidad del robo a gran escala- es una invitación directa a la ilegalidad de la gente común. Sin embargo, quienes están protestando estos días demuestran un notable respeto a la ley. La legitimidad social ofrece ahora un amplio crédito en derecho a la contestación. Conjugar sin complejos ese derecho con una estricta no violencia, es fundamental.

La democracia actual se parece, mucho más de lo que pretende, al antiguo régimen anterior a la Revolución Francesa, en el que una pequeña minoría acaparaba el grueso del poder, la riqueza y los privilegios. Por eso, los defensores del orden vigente, injusto e insostenible, insisten en el carácter fundamentalmente perfecto, cerrado y definitivo del actual sistema. Su dogmatismo legal, en materia de utilización de espacios públicos, invasión de oficinas e infraestructuras vinculadas al abuso económico, etc., contrasta descaradamente con su indulgencia y/o justificación del atraco. Es así como la "democracia", un sistema por definición abierto a su enmienda permanente a cargo de la soberanía popular, va a ser utilizada y mencionada hasta la saciedad para impedir su más genuina expresión, lo que está, teóricamente, en el origen de todo el edificio: el poder de la ciudadanía.

Y para acabar: no hay que obsesionarse por lo que muchos definen como "ambigüedad", "falta de programa", "inconsistencia", de lo que está surgiendo. El ingenio, la imaginación y la inventiva de la gente que pone en común sus ideas y propósitos, es sorprendente en estas situaciones. El potencial del ciudadano que en lugar de consumir telebasura y medios de comunicación se pone a discutir con sus semejantes sobre los problemas comunes, es extraordinario. Todo se andará. Bienvenidos a la Internacional.

De mayo a mayo y se acabó el 68

Daniel Serrano – El País

Mayo es un buen mes para las insurrecciones y resulta tentador, ahora que las calles arden otra vez, dejarse llevar por la búsqueda de semejanzas con aquella paradigmática revolución de 1968. Pero no. Ya no. Afortunada o desafortunadamente el 68 ha muerto.

Cuando mi hermano Ismael y yo escribimos *Papá, cuéntame otra vez* (y de eso hace casi ya 20 años) pretendíamos ironizar sobre una generación que, tras legarnos una iconografía épica de imborrable belleza, se echó en brazos del sistema renunciando a todo sueño posible. Pero es que, además, con el tiempo hemos descubierto que, en parte, tenía razón Pasolini cuando escribía "de qué hablan los jóvenes de 1968 / de las melenas bárbaras y las chaquetas eduardianas / (...) anarquistas rubiecillos que confunden con perfecta buena fe / la dinamita con su buen esperma / (...) rebeldes enfermos de esnobismo burgués".

Y en su libro *Algo va mal*, Tony Judt abona la tesis de que, tras la apariencia transgresora del Mayo francés y sus diversas derivadas, latía un libertarismo de derechas perfectamente asumible por el sistema, un ideario en sintonía con el más feroz capitalismo. O la defensa a ultranza de lo individual frente a lo colectivo; de la sociedad fragmentada en intereses diferenciados (las mujeres por un lado, los negros por otro, la juventud como valor en sí mismo...) frente al concepto de bien común; de la tolerancia (prohibido prohibir) entendida como un relativismo que impide toda confrontación real. Franco Battiato también aportó su verso clarificador: "Las barricadas se alzan / por parte de la burguesía / que crea falsos mitos de progreso".

Y, para colmo, a aquella insurrección tan hermosa en forma de fotografía o filmación se sumaron los maoístas, totalitario semillero inagotable de la futura ultraderecha. Véase el caso, aquí en España, de Jiménez Losantos, Pío Moa o Gabriel Albiac.

Tal vez, simplemente sea cierto lo que recuerda Vila-Matas en *El viento ligero en Parma* cuando cita una frase de Daniel Cohn-Bendit: "En realidad, si quiere que le diga la verdad, nuestra revolución se sublevó contra el matrimonio De Gaulle, eso fue todo". No olvidemos que el origen está en Nanterre, cuando Danny el Rojo y sus compinches acosan al ministro de Juventud y Deportes, François Missoffe, para reclamar su derecho a pernoctar en las residencias estudiantiles femeninas. "La revolución y nosotros que la quisimos tanto", suspiraría luego con nostalgia Cohn-Bendit.

Está claro. El 68 acabó y lo que ahora está naciendo es algo bien diferente. ¿Pero qué? Seguramente, aunque el miedo a las ideologías impida a los impulsores de esta revuelta llamar a las cosas por su nombre, se trata de reinventar una socialdemocracia que ha renunciado a un programa de

mínimos. O dicho con total simplicidad, que la izquierda vuelva a reivindicar, sin complejos, la autonomía del Estado, de la sociedad civil, de los electores, ante los designios implacables de los mercados.

Porque si los jóvenes que ocupan las calles braman "lo llaman democracia y no lo es" lo hacen con la sospecha de que, al final, los grandes partidos tienen políticas económicas casi equivalentes. ¿No es cierto? No del todo. Pero admitamos que tampoco falta razón a los indignados.

Ni esto es París ni 1968 ni sabemos exactamente en qué concluirá esta rebelión callejera que, a través de las redes sociales, ha sorprendido a la clase política aburriéndonos en una de las campañas electorales más mediocres que se recuerdan. Puede que todo esto no lleve a ninguna parte. Tras el 68, echando mano del tópico lampedusiano, cambió todo para que todo siguiera igual.

¿Y ahora? En Grecia los disturbios se suceden mes tras mes y no parece que se mueva nada en absoluto. Los estudiantes británicos protagonizaron las mayores algaradas de los últimos años y Cameron sigue firme recortando el Estado de bienestar que su abuelita Margaret Thatcher ya dejó en los huesos. Los jóvenes portugueses se manifestaron masivamente reclamando un futuro para, muy poco después, ser testigos de cómo el FMI administra a su país una cura a base de ricino e imposiciones brutales.

Así que puede que no pase nada y que esta indignación en marcha quede en una tormenta primaveral que, al menos, nos ha mantenido entretenidos un rato. O puede que la revolución esté en marcha y no nos hayamos enterado. Nunca se sabe.

El 14 de marzo de 1968 el diario *Le Monde* publicaba un artículo de Pierre Vianson-Ponté titulado *Cuando Francia se aburre* que denunciaba la modorra de un país inmerso en la molición intelectual en medio de un planeta convulso. Apenas un mes después los gamberros de Nanterre prendían la mecha de un movimiento que bajo los adoquines buscó la playa para regocijo de la juventud mundial.

Quizás España esté cansada de aburrirse.

Democracia real

Alberto Cruz Sánchez – La Razón

¿Qué se entiende por «democracia real»? Difícil cuestión porque, de una manera algo implícita, el movimiento de reacción que se está extendiendo como una ola gigante, durante estos últimos días, por toda España parece defender un modelo concreto, muy específico de democracia. «La democracia real es esto y no aquello» –parecen querer decirnos enfáticamente–. Por cuanto nos encontramos con una contradicción de base: la democracia –entendida en los términos más amplios posibles– no consiste en el derecho de todos los ciudadanos a ser iguales, sino, antes bien, en la garantía de que todas las diferencias existentes van a ser respetadas. Todo lo que no sea comprender la democracia como «derecho a la diferencia» supone caer en un proceso de «igualación», ciertamente peligroso, cuya deriva sólo puede ser la del fascismo. Desde este punto de vista, es lógico suponer que los puntos de vista desde los que enfocar el ideal del hecho democrático son múltiples y obedientes a la miríada de sensibilidades que conforman el espacio social. El tronco común de todas estas interpretaciones es ese respeto a la diferencia, a la libertad del otro. Garantizado este factor primordial, lo demás es contrastar nuestra posición con el resto de opciones a través del disenso, del conflicto, de la crítica. No puede ni debe haber un único modelo de democracia. Su realidad varía según los diferentes factores que converjan en un individuo o comunidad. Por decirlo más claramente: lo real del sistema democrático es relativo al contexto histórico – social vivido. Intentar trascender este relativismo es aspirar a un absolutismo que arremete contra los principios de la democracia. Existe, además, un aspecto que chirría dentro del argumentario sobre el que se apoyan las declaraciones realizadas desde el seno de «Democracia real ya», a saber: toda esta corriente nace como un movimiento de disidencia con respecto a los patrones establecidos por el Sistema. El problema es que algunas de las asociaciones que han servido de correa de difusión de sus diferentes convocatorias son aquellas que rechazan –en forma, incluso, de violencia verbal– cualquier acción política que no se adecue a sus postulados fundamentales. Pero hay más: cualquier programa que, por diferente, se salga del rígido y estrecho marco identificado por ellos como lo «apropiado» será vilipendiado, rebajado, estigmatizado...

Es sorprendente cómo algunos colectivos que propugnan la necesidad imperiosa de generar un nuevo modelo social son los que con mayor celeridad se prestan a rechazar cualquier movimiento que no controlen. Parece como si, en verdad, lo que les animase a actuar fuera el miedo a perder una posición de autoridad ética que ellos mismos se han arrogado y que exige de un máximo silencio alrededor. Es cierto que la democracia en España no ha alcanzado en muchos aspectos su madurez, y que, por tanto, el trabajo que resta para lograr un más amplio desarrollo es mucho. Pero este trabajo debe implicar al conjunto del poliedro de la sociedad. Si comenzamos tachando como apestados a diferentes colectivos y estamentos, mal camino llevaremos, en la medida en

que convertiremos en ideal lo que no deja de ser un cuerpo mutilado. Nada es bueno ni malo a priori; como tampoco resulta posible realizar una enmienda a la totalidad de cualquier situación. Un principio básico de toda revolución inteligente es abandonar los extremismos. Porque si, por el contrario, la acción crítica se limita a proyectar ideas polvorientas y no actualizadas, la democracia, lejos de resultar una realidad, se quedará en una peligrosa ficción, patrimonio de unos pocos.

¿Quiénes son los verdaderos antisistema?

Joan Coscubiela – Nueva Tribuna

Siempre me ha sorprendido y en ocasiones indignado la banalidad con la que algunos políticos y medios de comunicación utilizan la expresión *antisistema*. Con ella suelen descalificar, deslegitimar y criminalizar las acciones protagonizadas por movimientos sociales. Al hacerlo, pretenden que el concepto *antisistema* se identifique con el de contrario a la sociedad, y expresan una concepción muy curiosa de lo que entienden como tal.

No deja de sorprenderme que se califique de *antisistema* a quienes con sus acciones nos recuerdan que el derecho a la propiedad privada también tiene límites y está condicionado en su ejercicio por la exigencia de que cumpla con su función social (artículo 33 de la CE). I, en cambio, no consideran *antisistema* a aquellos que de manera habitual especulan con la propiedad privada del suelo o la vivienda hasta el punto de hacer inviable el derecho a una vivienda digna, reconocido por la misma Constitución en su artículo 47. Este fenómeno no es nuevo y viene de lejos.

Pero últimamente se ha intensificado con la crisis económica y parece haber alcanzado su cenit en la actual campaña electoral. ¿Nos hemos parado a pensar quienes son los *antisistema* en relación con la crisis económica? ¿Son los movimientos sociales que con sus acciones denuncian a los responsables de la crisis y exigen cambios estructurales en el funcionamiento de la economía y la sociedad? ¿O los *antisistema* son los reprobables personajes que tan bien describe y presenta el documenta “Inside Job”? Personajes e instituciones que con su comportamiento están erosionando las bases éticas mínima de cualquier espacio de convivencia que quiera hacer honor al nombre de sociedad.

¿Como podríamos calificar a los que, para obtener más beneficios y eludir sus responsabilidades fiscales, utilizan el secreto bancario y los paraísos fiscales? Y cuál sería el nombre más adecuado para nombrar a los que , para mantener este *status quo*, se niegan a poner fin a los paraísos fiscales, a pesar de saber que son las autopistas por las que circula el dinero de la economía criminal – tráfico de armas, de personas, de órganos humanos para trasplantes-. Son viejas preguntas que la crisis económica ha puesto aún más de actualidad y a las cuales como sociedad estamos obligados a responder más pronto que tarde.

Pero estos *antisistema* no reconocidos como tales no se limitan al terreno de la economía. En los últimos tiempos asistimos a manifestaciones o comportamientos que erosionan las mínimas reglas de convivencia y del Estado de Derecho. Por ejemplo, cuando desde importantes responsabilidades políticas se hacen afirmaciones tan poco edificantes como que “la corrupción es inherente a las instituciones”. O cuando se pide que se actúe contra

determinados colectivos de personas por el simple hecho de ser inmigrantes y se proponen actuaciones que vulneran sus derechos fundamentales.

Uno de estos comportamientos *antisistema* lo estamos viviendo en relación a la sentencia del Tribunal Constitucional en el caso *Bildu*. Las acusaciones hechas por dirigentes del PP –creo que no se puede caer en el farisaísmo de no ponerle nombre a estos comportamientos– contra los miembros del Tribunal Constitucional sobrepasa los límites aceptables desde una perspectiva democrática. Evidentemente es legítimo discrepar y criticar públicamente las sentencias de los Tribunales. Pero no lo es descalificar, poner en duda la integridad ética de los miembros del Tribunal Constitucional y erosionar su legitimidad. Y mucho menos hacerlo como un medio más de la batalla política en la que el fin parece justificar todos los medios. La sociedad no puede pasar por alto ni acostumbrarse a estos comportamientos. Ni al de algunos profesionales y medios de comunicación que ignoran cuáles son sus responsabilidades y sus compromisos en relación a la sociedad y a las libertades de expresión, información y comunicación de las que son unos actores privilegiados.

Por cierto, esta no es la primera vez que ello sucede con el Tribunal Constitucional. Y para no hacer como los *hooligans* del fútbol, que solo ven los excesos en el comportamiento de los otros, haríamos bien en repasar algunas de las declaraciones realizadas en Cataluña con motivo de la sentencia sobre el Estatuto de Autonomía.

Últimamente y de manera frecuente se está entrando en terrenos peligrosos desde la perspectiva democrática. Las razones no son ni únicas ni simples. Pero mientras encontramos las respuestas para no meternos más en el barro, si que nos podríamos poner de acuerdo sobre quiénes son los “verdaderos antisistema”, sobre cuáles son los comportamientos que ponen en peligro la convivencia y han de ser reprobados socialmente.